

—No te reclamo nada—acabó por decir Renata—ya sé que te debo grandes cantidades.

—¡Pero amiga mía!—exclamó el esposo, cogiéndole las manos y reteniendo también las tenazas.—¡Qué idea tan equivocada!. . En una palabra, he sido desgraciado en la Bolsa. Tontín Laroche ha cometido lijezas; Miguón y Charrier son dos imbéciles que para nada sirven, y esa es la razón por qué no puedo pagar esa cuenta. Pero tú no te enfadarás conmigo ¿verdad?

Parecía realmente conmovido. Hundió las tenazas en el fuego produciendo un gran chisporroteo. Renata había notado el desaliento que le dominaba desde hacía algún tiempo; pero no le era posible acertar la verdadera causa. Saccard había necesitado hacer diariamente un esfuerzo. Viviendo en un hotel de dos millones, con un tren de príncipe, muchas mañanas, al levantarse, no tenía en su casa ni mil francos. Sus gastos no disminuían; vivía del crédito, apremiado por los acreedores, que daban al traste con los beneficios enormes que en ocasiones realizaba con ciertos negocios.

Por aquellos días, y en aquel mismo instante, había sociedades que se hundían bajo sus pies; cada vez se abrían nuevos y profundos abismos delante de él, y en la imposibilidad de llenarlos, los vadeaba. Y así proseguía su camino sobre un

terreno falso, en una crisis continua, viéndose obligado á satisfacer cuentas de cincuenta mil francos y dejando al cochero por pagar, y cada vez con mayor aplomo, más majestuoso, vaciando sobre París su caja ya exhausta, y de la cual, no obstante, aún salía aquel río de oro de desconocido y fantástico origen:

Era aquel un momento crítico para los especuladores, y Saccard, digno hijo del Municipio, se había dejado arrastrar por la rapidez en que se deseaba la transformación, y por la embriaguez de placeres y el ansia de despilfarro que dominaba á París. Lo mismo que el Municipio, se encontraba en aquel instante, enfrente de un déficit enorme que trataba de salvar secretamente, sin recurrir á la prudencia, á la economía; á la vida modesta y tranquila. Le era imposible abstenerse de aquel lujo inútil y prefería conservar la miseria real de aquellas calles, de las cuales por la mañana sacaba una fortuna que por la noche despilfarraba. De una en otra aventura ya no le restaba más que las apariencias de la riqueza poseída.

París también, en aquellos días de locura, comprometía su porvenir con la misma imprudencia; y no iba menos erguido y satisfecho á todas las lijezas y á todas las estratagemas financieras. La liquidación amenazaba ser terrible. Los más

pingües negocios se derretían entre las manos de Saccard. Como había confesado, sus pérdidas en la Bolsa eran considerables. Tontin Laroche había estado á punto de comprometer el *Crédito Vitícola*, jugando al alza, y la operación resultó equivocada; afortunadamente, el Gobierno, indirectamente, pudo dar nuevo impulso á la famosa máquina de préstamos, con hipoteca, á los viticultores.

Quebrantado por aquel doble golpe, reñido por su hermano el ministro en vista del peligro que habían corrido los bonos de delegación del Municipio, comprometidos juntamente con el *Crédito Vitícola*, no fué más afortunado Saccard en sus representaciones sobre inmuebles.

Mignón y Charrier habían terminado sus relaciones con él y únicamente les acusaba por la concentrada ira que sentía al haberse equivocado edificando los terrenos que á él le tocaran, mientras que los otros vendieron los suyos realizando una bonita fortuna, en tanto que él se encontraba con unas casas inútiles, que nada le producían, y de las cuales no podía deshacerse sinó perdiendo dinero. Prueba de esto es que vendió en trescientos mil francos un hotel de la calle de la Magdalena, del cual aún debía trescientos ochenta mil. Para esto tuvo que valerse de una treta de las de su especialidad. Véase la clase. Por una habita-

ción cuyo alquiler no valía más de ocho mil francos, exigía diez mil, y el inquilino, escandalizado, se negaba á firmar el contrato, hasta que el propietario accedía á perdonarle el pago de las dos primeras mensualidades, y así el alquiler quedaba reducido á su justo valor, pero en el contrato figuraban diez mil francos, que era lo que él deseaba para realizar su negocio, y cuando encontraba un comprador y capitalizaba la rentas del inmueble, alcanzaba un verdadero cálculo fantasmagórico. Como sus casas no se alquilaran, no pudo usar muchas veces de la treta; había obrado de ligero al edificarlas tan pronto. En invierno, especialmente, no había nadie que se aventurase á ir hasta allí por temor al barro y al frío.

Lo que más le impresionó fué que Mignón y Charrier le comprasen el hotel del bulevar Malesherbes cuya construcción él no pudo terminar. Los contratistas entraron en deseos de vivir en su bulevar, como ellos decían, y habiendo vendido los terrenos que les correspondían, adivinaron el apuro de su antiguo compañero y realizaron un bonito negocio quedándose el solar, en medio del cual se levantaba el hotel hasta el primer piso. Dijeron que hubieran preferido el solar limpio para poder edificar en él á su gusto, apretando como cascote inútil aquellos sól dos cimientos de piedra tallada y tan buenas razones emplearon,

que Saccard tuvo que venderles el solar, perdiendo todo el dinero que allí había gastado. No contentos con esto, los contratistas se negaron á pagarle á doscientos cincuenta francos el metro, cantidad en que había sido valorado al verificarse la distribución, y le escatimaron veinticinco francos por metro, al igual que hacen los comerciantes sin conciencia, ofreciendo cuatro francos por un objeto que ellos mismos han vendido el día antes por cinco. Saccard pasó por todo, y dos días después tuvo el disgusto de ver una legión de albañiles invadir la obra y continuar edificando sobre aquellos «escotes inútiles».

Cuando más embrollados estaban sus asuntos, tanto mejor disimulaba el disgusto delante de su mujer. Era incapaz de confesarse por sólo el amor á la verdad.

—Pero dime,—exclamó Renata con la duda retratada en el semblante,—si tan apurado estabas, ¿por qué me has comprado el collar y la diadema, que, según creo, te han costado sesenta mil francos?... Esas joyas no me hacen falta, y te ruego que me autorices para deshacerme de ellas, con objeto de dar á Worms algo á cuenta.

—;Te guardarás de hacer tal!—dijo Saccard con tono inquieto.—Si mañana en el baile del Ministerio no te vieses puestas esas joyas, se harían suposiciones, no muy favorables acerca de mi fortuna.

Aquella mañana estaba, hasta cierto punto, de buen humor, pues acabó por sonreír.

—Nosotros, los hombres de negocios,—dijo guiñando los ojos,—somos como las mujeres Lonita; tenemos también nuestras marrullerías... Así pues, conserva ese collar y esa diadema en prueba de mi amor.

No podía en verdad contar la historia, que era verdaderamente graciosa, aunque un tanto arriesgada. Al final de una cena, Saccard y Laura de Aurigny celebraron un tratado de alianza; Laura estaba acribillada de deudas, y no pensaba más que en encontrar un joven que quisiera llevar a á Londres. Por su parte, Saccard, sintiendo que la tierra se hundía bajo sus pies, torturaba su imaginación, y buscaba un expediente que le hiciese aparecer ante el público como un Crespo. La aventurera y el especulador se entendieron en medio de la embriaguez de los postres; á él se le ocurrió aquella venta de diamantes, que acudir á todo París, y en la que compró algunas joyas para su mujer con grande ostentación. Después con los cuatrocientos mil francos que aproximadamente produjo aquella venta, pudo hacer callar á los acreedores de Laura, y á él le produjo el negocio unos sesenta y cinco mil francos.

Cuando se le vió liquidar la situación de la de Aurigny, pasó por su amante, creyéndose que ha-

bia pagado todas sus deudas y que hacia locuras por ella. Su crédito se rehizo de un modo formidable, y todas las manos se tendian hacia él. En la Bolsa no se hablaba de otra cosa, y al aparecer él se hacían alusiones á su pasión y esto le deleitaba. Mientras tanto, Laura de Aurigny, en cuya casa Saccard no pasó ni una sola noche, fingía engañarle con ocho ó diez imbéciles, engolosinados con la idea de pegársela á un hombre tan poderoso, y hacia el gran negocio, pues en un mes reunió dos mobiliarios y más diamantes de los que había vendido Saccard, al salir de la Bolsa. iba todas las tardes á fumar un cigarro á casa de la que pasaba por su querida, y frecuentemente vislumbraba algún faldón de levita, que huía espantado; pero al quedarse solos, no podían mirarse sin reirse, y la daba besos en la frente, como á una muchacha maliciosa, cuyas picardías le entusiasmasen. Nunca la daba dinero, y aún hubo ocasiones en que ella le prestaba alguna cantidad para deudas del juego.

Renata insistió, hablando al menos de empeñar las joyas, pero su marido la convenció de que aquello era imposible, pues al día siguiente, todo París esperaba verlas. Entonces la joven, á quien la factura de Worms causaba inquietud, buscó otra solución.

—Pero,—exclamó de repente,—mi negocio de

Charonne va bien ¿no es verdad? Recuerdo que el otro día me decías que los beneficios serian soberbios... Quizás Sansonneau me adelante los ciento treinta y seis mil francos.

Hacia un momento que Saccard olvidaba las tenazas entre sus piernas. De pronto las volvió á coger, se inclinó y casi desapareció en la chimenea, donde la joven le oyó decir sordamente:

—Sí, sí, quizás Sansonneau quiera...

Por último Renata vino á parar á donde su marido queria conducirla desde el principio de la conversación. Desde hacia dos años preparaba Saccard un negocio sobre Charonne. Renata no habia querido jamás deshacerse de los bienes de su tía Isabel, jurando á ésta que irían á parar íntegros á sus hijos, caso de tenerlos. Saccard no se descorazonó y trabajó en su imaginación aquel proyecto, que constituía la obra de un bandido consumado, una estafa colosal de la que habian de ser víctimas el Ayuntamiento, el Estado, su mujer y hasta el mismo Sansonneau. No habló ya más de vender los terrenos, limiándose á lamentarse diariamente de la tontería que era el dejarlos casi improductivos y contentarse con una renta del dos por ciento. Renata, á quien siempre faltaba el dinero, acabó por aceptar la idea de un negocio cualquiera. Aristides basó su operación sobre la certidumbre de una próxima especula-

ción con motivo de la apertura del bulevar *du Prince Eugene*, cuyo trazado aún no estaba bien determinado, y entonces fué cuando decidió aprovecharse de su antiguo cómplice Sansonneau, presentándole como un asociado que realizó con su mujer un convenio sobre las bases siguientes: Renata aportaba los terrenos representando un valor de quinientos mil francos; por su parte Sansonneau se comprometía á edificar sobre aquellos terrenos, por una suma igual, una sala de café cantante, con un gran jardín, en el que se instalarían juegos de todas clases, columpios, juegos de billar, de bolos, etc. Las ganancias y las pérdidas que hubiera serían á medias. En el caso de que uno de los asociados quisiera dejar el negocio podría hacerlo, retirando su parte, que sería apreciada por los peritos que interviniesen. Renata quedó sorprendida de que el valor de los terrenos se fijase en quinientos mil francos, cuando á lo sumo valían trescientos mil, pero Saccard la hizo comprender que aquello era una manera hábil de hacerse soyó á Sansonneau, cuyas edificaciones no valdrían jamás aquella suma.

Sansonneau se había convertido en un vividor elegante, y llevaba siempre guantes, camisas resplandecientes y corbatas maravillosas. Tenía para despachar sus asuntos un tilburí, ligero como una pluma, de asiento muy elevado y que él mismo

guiaba. Había instalado sus oficinas en la calle de Rivoli y constituían una serie de habitaciones lujosamente amuebladas, en las que no se veía un legajo ni una carpeta. Sus empleados escribían sobre mesas de peral barnizado y pintado de negro, taraceadas y con adornos de bronce cancelados.

Se decía agente de expropiaciones, nueva profesión que los trabajos que entonces se realizaban habían creado. Mantenía constantes relaciones con el Ayuntamiento, que le informaban con anticipación de las nuevas vías proyectadas, y cuando conseguía que algún agente le comunicase el trazado de un bulevar, iba á visitar á los propietarios amenazados de expropiación, ofreciéndoles sus servicios, haciendo valer sus artimañas para aumentar la indemnización y gestionando antes de que se hubiese publicado, el decreto de utilidad pública.

Tan pronto como el propietario aceptaba sus ofrecimientos, tomaba Sansonneau á su cargo todos los gastos, levantaba el plano de la propiedad, escribía una memoria, llevaba el asunto á los tribunales y pagaba un abogado mediante cierto tanto por ciento sobre la diferencia entre la oferta del Ayuntamiento y la indemnización concedida por el jurado. Aquella industria, que denotaba una gran inteligencia en quien la ejercía daba lu-

gar á otros muchos negocios; prestaba con un crecido interés, y no era el usurero de la antigua escuela, andrajoso, necio, de pálidos y mudos ojos que parecían de metal, de labios descoloridos y apretados como los cordones de una bolsa; por el contrario, sonreía, tenía mira las encantadoras, vestía en casa de Dusanto y almorzaba en el restaurant de Bréban con su víctima, á quien llamaba «querido amigo» ofreciéndole habanos á los postres. En el fondo, dentro de aquellos apretados chalecos que le oprimían la cintura, Sansonneau era un hombre terrible que hubiera perseguido el cobro de un recibo hasta ocasionar el suicidio de su deudor, sin que por eso dejase de ser amable ni un solo momento.

Saccard hubiera buscado de buena gana otro asociado, pero como no estaba muy tranquilo á causa del inventario falso que Sansonneau poseía, prefirió meterle en el negocio, con la esperanza de aprovechar alguna circunstancia favorable para apoderarse de aquel documento comprometedor. Sansonneau construyó el café cantante, edificio compuesto de tablas y cascotes, coronado de campanillas de hierro, y lo hizo pintar de amarillo y encarnado. El jardín y los juegos alcanzaron algún éxito en el popular barrio de Charonne, y al cabo de dos años la especulación parecía prosperar, aunque es verdad que los beneficios eran

reducidos. Hasta entonces Saccard había hablado siempre con entusiasmo á su mujer del porvenir que tan feliz idea ofrecía, porvenir que no debía ser muy lejano.

Renata observó que su marido no salía de la chimenea, y que su voz cada vez se apagaba más.

—Hoy mismo iré á ver á Sansonneau,—dijo,— es el único recuerdo que me queda.

Entonces Aristides, dejando caer el áscua, que tanto pareció preocuparle, contestó sonriendo:

—Ya está hecho, querida... ¿No sabes que yo me anticipo á tus deseos?... Ayer tarde vi á Sansonneau.

—¿Y te prometió los ciento treinta y seis mil francos?—preguntó ansiosamente la joven.

Saccard parecía en aquel momento muy ocupado, formando entre los dos troncos un montoncillo de áscuas, que iba recogiendo pacientemente con las tenazas, y miraba con la satisfacción que el artista contempla su obra, como se iba elevando poco á poco aquel promontorio.

—¡Eres muy impaciente!... Ciento treinta y seis mil francos son una cantidad importante. Sansonneau es un buen muchacho, pero su caja no responde á sus buenos deseos. No obstante hará por tí cuanto pueda...

Hablaba calurosamente, guiñando los ojos y

amontonando de nuevo las áscuas que se habían derrumbado.

Aún á su pesar, Renata seguía las maniobras de su marido, sus ideas empezaban á turbarse, y estuvo varias veces tentada de aconsejarle, viendo su gran torpeza. Por fin, olvidando todas sus preocupaciones, no pudo contenerse, y dijo:

—Coloca debajo el tronco grande, y entonces los demás se sostendrán.

Saccard la obedeció dócilmente, y como si continuase en voz alta un discurso mental, dijo:

—Por ahora no dispone más que de cincuenta mil francos. Después de todo es una buena cantidad para darla á cuenta... Únicamente que no quere mezclar este negocio con el de Charonne. Porque él no es más que un intermediario ¿comprendes? El dinero no es suyo, y la persona que lo presta pide intereses enormes. Quiere un pagaré de ochenta mil francos á seis meses fecha.

Mientras hablaba no había abandonado su obra, que por fin quedó terminada, coronándola con un áscua puntiagu la. Cruzó las manos sobre las tenazas, y se quedó mirando atentamente á su mujer.

—¡Ochenta mil francos!—exclamó Renata;—pero ¿no es un robo!... ¿Serías tú capaz de aconsejarme semejante enormidad?

—No,—contestó sencillamente Saccard.—Pero

si tanto necesitas el dinero, tampoco te impediré que lo hagas.

Y se levantó como para marcharse. Renata miró con cruel indecisión á su marido y á la factura que dejaba encima de la chimenea, y concluyó por cogerse la cabeza entre las manos, murmurando:

—¡Oh, malditos negocios!... Hoy tengo la cabeza destrozada... firmaré el pagaré de ochenta mil francos. Me pondría mala si no lo hiciese así; me conozco y pasaría el día en una lucha espantosa. Es preferible hacer las tonterías sin pensarlas: esto me alivia.

Iba á llamar para que fuesen á buscarle papel sellado, pero Saccard se ofreció á ir él mismo. Sin duda llevaba ya prevenido el papel en el bolsillo, pues apenas si tardó dos minutos.

Mientras Renata escribía en una mesita que él había acercado junto á la chimenea, su marido la contemplaba con ojos brillantados por el deseo. En la habitación hacía mucho calor, y estaba impregnada todavía con el ambiente del lecho de la joven y con los olores de su primer tocado. Distráida, charlando, había dejado caer las vueltas del peinador que la envolvía, y la mirada de su marido, de pie delante de ella, se deslizaba por entre sus cabellos de oro hasta las blancuras de su cuello y seno, sonriendo con singular expre-

sión. Aquel ardiente fuego que había abrasado su cara, aquel cerrado gabinete, cuya pesada atmósfera respiraba cierto ambiente amoroso, aquellos amarillos cabellos y aquella blanca tez que le tentaban con una especie de conyugal desdén, le hacían meditar, ensanchando los límites del drama de que acababa de representar una escena, haciendo nacer en su carne brutal de agiotista algún secreto y voluptuoso cálculo.

Cuando su mujer le entregó el pagaré, rogándole terminase el asunto, lo recogió sin dejar de mirarla.

—Estás admirablemente hermosa,—murmuró.

Y al inclinarse Renata para volver la mesa á su sitio, la besó bruscamente en la nuca. La joven lanzó un ligero grito. Después se levantó, procurando sonreír, nerviosa, y pensando, á pesar suyo, en los besos que Máximo le había dado la víspera. El de su marido le produjo asco y disgusto. Saccard se retiró estrechando amistosamente la mano á su mujer, y prometiéndola que aquella misma noche tendría los cincuenta mil francos.

Renata durmió junto á la chimenea todo el día. En los momentos de crisis sentía languideces de criolla; toda su turbulencia se hacía perezosa, fría y soñolienta. Temblaba, necesitaba fuegos ardientes, calor sofocante, que hiciese brotar el sudor de su frente y que la adormeciesen. En medio de aquel

aire abrasador, de aquel baño de fuego, se encontraba bien. Su dolor se convertía en ligero sueño, en vaga opresión, cuya misma indecisión acababa por ser voluptuosa. De aquel modo adormeció hasta la noche sus remordimientos de la víspera, entre la roja luz del hogar y frente á un terrible fuego que hacía crujir los muebles de la habitación, quitándola por momentos la conciencia de su sér. Pudo pensar en Máximo como un placer ardiente cuyos rayos le abrasaban y tuvo una pesadilla de extraños amores, en medio de hogueras y sobre lechos incandescentes. Celeste iba y venía por la habitación con aire tranquilo; tenía orden de no dejar pasar á nadie, y hasta despidió á las inseparables Adelina de Espanet y Susana Haffner, que llegaban de vuelta de un almuerzo que acababan de hacer juntas en un pabellón alquilado por ellas en Saint Germain. No obstante, á la caída de la tarde, Celeste anunció á su ama que la señora Sidonia, la hermana de Saccard quería hablarla, y recibió la orden de hacerla pasar.

Generalmente la señora Sidonia, no iba más que de noche. Su hermano había conseguido que se pusiese vestidos de seda, pero, sin saber en que consistía, la seda que llevaba, aun cuando fuese recién salida de la tienda, siempre parecía vieja; se arrugaba, perdía su brillo y parecía un guña-